

PodLectio
30/03/2025

Meditación de fray Gerson Alexander Rodríguez, Convento San Salvador
(IV Domingo de Cuaresma – Lc 15,1-3.11-32)

Queridos hermanos y hermanas,

¡El Señor Jesús les dé su paz!

Hemos llegado al IV Domingo de Cuaresma, a este domingo se le conoce también como *Domingo de la Alegría o de Laetare*, pues tras haber realizado un poco más de la mitad de nuestro camino cuaresmal, hoy la Iglesia nos invita a regocijarnos ya que la Fiesta Pascual está más cerca. Ahora bien, si dirigimos nuestra mirada al Evangelio de hoy, también podemos ser envueltos en la alegría de un padre que hace fiesta cuando uno de sus hijos que estaba perdido vuelve a su brazos. Sí, hemos leído una de las páginas más bellísimas del evangelio que nos revela rasgos del amor divino. Veamos entonces más de cerca este relato y abramos nuestro corazón al mensaje que tiene para nosotros.

Al inicio Jesús nos presenta la parábola y habla de un padre que tenía dos hijos. De inmediato es el hijo pequeño a tomar protagonismo con una solicitud extraña y atrevida: pide con antelación su herencia, su padre no se opuso y dividió su fortuna entre sus hijos. En seguida vemos al hijo menor marcharse hacia otro país, dejando a sus espaldas cualquier tipo de vínculo familiar e inició a llevar una vida desenfrenada. En poco tiempo ese estilo de vida lo condujo a la ruina. Su situación se volvió aún más dramática cuando en aquella región ocurrió una terrible carestía, entonces padeció una gran necesidad. Todo eso lo llevó a recapacitar y a reconocer que sus acciones habían desquebrajado su identidad de hijo y, aunque no se merecía más ese trato, pensó que si regresaba a casa de su padre aún le quedaba una leve oportunidad para cambiar su vida. Entonces se puso en pie, no se quedó hundido en su miseria, y volvió donde su Padre con la esperanza que lo tratara como uno de sus siervos.

Cuando este aún estaba lejos el padre lo ve, ese detalle es significativo, porque hace pensar que cada día aquel padre miraba hacia el ingreso de su casa con la esperanza de ver el regreso de su hijo, pues bien, ese día por fin había llegado. Tras ver a su hijo seguramente humillado por haber llevado una vida vacía y sin rumbo, sintió compasión y no esperó ni siquiera que terminara de llegar, sino que impulsado por su compasión corrió hacia él, lo abrazó y le besó, manifestándole así su apego paterno y un amor desbordante, el cual a pesar del tiempo y la distancia seguía siempre intacto. Apenas el hijo menor pudo, manifestó que sus acciones habían roto lo más preciado de su vida, es decir la comunión y su dignidad filial. El padre, sin ningún reproche, le respondió indirectamente: pidió a sus siervos que llevaran para su hijo no cualquier vestido sino aquel de mejor calidad, además lo adornó con un anillo y le hizo calzar sandalias. Incluso mandó a preparar un banquete. Todos esos detalles queridos hermanos y hermanas muestran por una parte que el padre aseguró que su hijo no solo retomara su lugar en la casa, sino también

le hizo sentir que había recuperado su dignidad de hijo, por otra parte nos revelan cuanto desbordante y compasivo es el amor, así es Dios, dona su amor si límites, perdona todo y hace fiesta por la vida.

La parábola al final cuenta con otro momento de tensión, en particular cuando el hijo mayor, tras regresar del campo y enterarse de lo sucedido, se indigna y no quería entrar a la fiesta. Ante esa situación su padre salió a buscarle. En el diálogo, el hijo mayor deja entrever su estado herido a causa de la actitud de su padre, que no logra comprender, pues pondera el amor solo en términos del mérito o de la retribución. El amor en cambio es gratuidad y perdón. De frente a los reclamos del hijo mayor, el padre le hace notar algo importante: que él está a su lado, ambos se pertenecen. De ese modo, el padre le hace ver que tiene todo lo necesario para ser feliz y para construir su vida en plenitud, a su vez le invita a considerar las cosas desde su mirada, por ende no ver solo los errores de su hermano, sino su fragilidad y las condiciones de muerte en las que estaba perdido, ahora en cambio lo ha encontrado y, tras ello una esperanza nueva de vida surge para él, por eso es necesario hacer fiesta.

El final de la parábola queda abierto, no sabemos si el hijo mayor entrará a forma parte de la fiesta, o preferirá quedarse fuera, o bien si dejará su mirada de juez por una de bondad y perdón. Como sea, el padre respeta su libertad y la decisión dependerá de él. Queridos hermanos y hermanas el final de la parábola también queda abierto para nosotros, entonces podríamos preguntarnos: ¿Deseamos entrar en la lógica del amor del Padre, y vivir conforme un amor que se desborda en misericordia, en gratuidad en perdón y hace fiesta por cada hijo que vuelve a sus brazos? El amor del padre está siempre ahí esperando por ti y por mí. A cada uno de ustedes y a mí la decisión de abrirle nuestro corazón.